

JULIÁN SANZ HOYA

De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda República (Cantabria, 1931-1936)Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006, 310 pp.
ISBN 84-8102-420-1

La aparición de este libro en un momento tan significativo, en el que coinciden el setenta aniversario del comienzo de la última guerra civil española y el setenta y cinco de la proclamación de la primera experiencia verdaderamente democrática en este país, puede verse favorecida por su «oportunismo» o, por el contrario, pasar inadvertido por ser uno más de los múltiples trabajos editados sobre la cuestión, con el agravante de constituir para muchos «simplemente» otra publicación que añadir a la larga lista del denostado género local. No es, evidentemente, esta última la opinión de quien firma esta reseña, porque parto del convencimiento de la necesidad de seguir contando con buenos y documentados trabajos de ámbito local y/o regional, como éste, para poder seguir mejorando el ya más que aceptable estado de la cuestión sobre un tema tan atractivo como el que nos ocupa.

En efecto, la Segunda República sigue generando, siete décadas después, polémicas públicas con notorio trasfondo político, como se puede comprobar en prácticamente cualquier escenario imaginado. Aunque pueda parecer un elemento de excepcionalidad en nuestra historia contemporánea, conviene subrayar que, por motivos que sería ahora muy prolijo relatar, pero que se pueden sintetizar en dos fenómenos: la ocultación del periodo por parte de la posterior dictadura, y la ausencia de políticas de la memoria en los primeros gobiernos democráticos, aproximadamente la mitad de los españoles no ha estudiado este periodo de nuestra historia y apenas ha sido socializado con algunos tópicos en ámbitos familiares o a través de un muy heterogéneo,

y no siempre bien intencionado, mundo de medios de comunicación.

Comparto con el autor la opinión de que es preciso insistir en la necesidad de romper la errónea visión de la «República como prólogo, antesala o causa de la Guerra Civil». Se trata de otro tópico más sostenido con impensada contumacia por la propia historiografía especializada que sigue reproduciendo cronologías que vinculan de manera inexorable ambas experiencias, cuando, en todo caso, son muchas más las concomitancias que guarda la guerra con la dictadura posterior que con el juego democrático que caracterizó al régimen republicano. De todas formas, especialmente grave se me antoja la capacidad de convicción que sigue ofreciendo el mito franquista sobre la responsabilidad de los republicanos en provocar un conflicto fratricida como el de 1936. Por tanto, no está de más insistir en que sólo el fallido golpe de estado de los militares auspiciado por una trama civil poderosa económica y políticamente hablando fue la única responsable de aquella guerra. Por no hablar del sinsentido que supone seguir avalando las tesis fascistas que pretendían justificar aquella aventura «en defensa de la patria» para salvar a la nación de una inminente revolución social. Tampoco está de más criticar la tan plúmbea y exitosa tesis del fatalismo que ha venido explicando aquel proceso: «las cosas ocurrieron así porque así estaba escrito...».

Otra imagen compartida con Sanz Hoya consiste en la obligación de «enmarcar la experiencia republicana en un proceso histórico más amplio», desarrollado en nuestro país y en toda Europa durante el periodo de entreguerras, que se ha dado en llamar «crisis de la conciencia europea». Fue también una crisis de hegemonía de dominación por parte de la derecha y las clases conservadoras de la mayor parte de Europa que optaron por abandonar el liberalismo, y apoyar las soluciones autoritarias que fueran capaces de terminar con la democracia, aplastar al movimiento obrero y

estabilizar la hegemonía burguesa. Ésa, precisamente, sería la principal similitud entre los regímenes italiano –con Mussolini al frente– y español –bajo la égida del general Franco–, la necesidad de proteger y fomentar el orden económico existente, más allá de retóricas e intenciones declaradas antes y después de acceder al poder.

Los protagonistas de este libro, las derechas cántabras, como se demuestra aquí, especialmente hostiles a la democracia republicana, hicieron alarde de una ideología católica tradicional, profundamente antiliberal y antidemocrática sobre la que se asentó una amplia movilización y socialización política. El asunto no es baladí si tenemos en cuenta el peso de este sector ideológico en una región donde la derecha ha tenido un más que notable peso específico. Además, esta obra viene a cubrir, como el mismo autor señala, un «notorio vacío y complementar un mapa» que poco a poco nos permite ir conociendo mejor la historia de la región en la primera mitad del pasado siglo. Entre otras cosas, porque la publicación, a pesar de su título, no se limita sólo al análisis político del espectro ideológico más conservador, ya que el recorrido cubre todo el panorama cántabro de la década de los años treinta. Pero es que todo ello sirve también para mejorar las interpretaciones generales desde un conocimiento exhaustivo de las realidades políticas a escala local. Un enfoque fundamentalmente político que esperamos con avidez poder completar con la inmediata publicación de su investigación sobre la etapa siguiente.

El autor parte de unas precisiones conceptuales sobre el término «derechas», puesto que se trata de algo que ha variado y evolucionado, pero que él define como expresión de rechazo al cambio y de defensa de un orden tradicional que ha sido transformado o amenazado, vinculado a la defensa de la religión, como expresión de un «orden natural» y tradicional, y a la legitimación religiosa del dis-

curso político. En este punto conviene recordar que Julián Sanz es deudor de las tesis del italiano Norberto Bobbio y acusa la influencia de los trabajos de Pedro C. González Cuevas, si bien aglutina en su planteamiento las cuatro grandes tendencias de la derecha europea de los años treinta: fascismo, derecha radical, derecha conservadora autoritaria y derecha conservadora liberal. Para el caso español, y durante el contexto republicano Sanz Hoya, si bien admite importantes diferencias y divisiones internas, llega a la siguiente descripción general: «derecha autoritaria y antiliberal en lo político, con un fuerte componente clerical, conservadora y corporativista en lo económico-social, tradicionalista en lo ideológico, al tiempo que crecientemente nacionalista y antirrepublicana». En esa descripción quedaría fuera el naciente fascismo español por su discurso «revolucionario» en lo social, por su relativa aconfesionalidad y por los componentes totalitarios de su proyecto político. El autor, no obstante, se debate entre el clásico y rancio planteamiento de las «dos Españas» enfrentadas por encima de los tres proyectos políticos que convivieron en los años treinta: el conservador y reaccionario de la derecha, el liberal democrático de los republicanos y el revolucionario de la izquierda.

Otro tono clásico se aprecia en la estructura del trabajo que obedece básicamente a un «criterio cronológico» que, a su vez, dará lugar a cinco capítulos: en el primero se ofrece un contexto general de los principales aspectos económicos, sociales y culturales de la región que ayudan a interpretar el comportamiento político de las gentes del lugar. Cabe destacar aquí la presencia de un poderoso sistema bancario que actuaría como notable grupo de presión y de financiación de aventuras electorales. Tampoco nos ha pasado inadvertido el dato que aporta la obra referido al importante porcentaje de mujeres trabajadoras que llegaría a alcanzar casi a una de cada cinco personas activas. En el segundo capítulo pasa superficialmente por la política de Alfonso XIII y la Dic-

LECTURA

tadura primorriverista para exponer algunas significativas trayectorias. En el tercero entra ya en materia con la proclamación republicana y la posterior campaña electoral, en junio de 1931, con especial atención a la Agrupación Regional Independiente. Esta formación se nos muestra tan representativa para analizar el devenir de las fuerzas conservadoras como otras más conocidas, pongamos por caso la Derecha Regional Valenciana. No en vano fue capaz de aglutinar a la mayor parte de las derechas cántabras. Lugar destacado merece también la atención prestada a algunos protagonistas conspicuos, capaces de proyectar su liderazgo más allá del ámbito provincial, como fueron, por poner sólo un par de ejemplos, Pedro Sáinz Rodríguez o Ángel Herrera.

En la cuarta entrega, circunscrita a lo que se conoce como el bienio conservador, profundiza en el estudio de una derecha cada vez más fragmentada y dividida entre posibilistas e intransigentes, de entre los que irrumpirá con fuerza Acción Popular al calor del éxito nacional de la CEDA. Asimismo, se empezarán a dejar notar con desigual fortuna los falangistas, los monárquicos alfonsinos y los carlistas, con prácticas violentas que pusieron en jaque a enemigos políticos y autoridades. Para el final nos reserva un pormenorizado estudio de los primeros siete meses del año 1936 por su significado como último intento desde la derecha política por alcanzar el poder mediante estrategias legales que, sin embargo, terminará por dar el testigo a prácticas insurreccionales que, por exceso de confianza y desprecio a la fuerza de los rivales, terminaría por fracasar.

El trabajo cuenta con algunas estupendas ilustraciones, cuadros estadísticos donde se pueden cotejar los resultados de las elecciones y mapas que reflejan el reparto del poder de las distintas organizaciones políticas. Todo ello se adoba también con un notable número de citas, tal vez demasiadas, que constituyen un auténtico paratexto que el lector no puede omitir. Abundantes alusiones a la prensa de la época, muy rica en general pero, a lo que

se ve, especialmente jugosa en la Cantabria del primer tercio del siglo XX, sin despreciar ámbitos nacionales y atinadas entrevistas personales, constituyen, junto a la bien trabajada bibliografía, un extraordinario bagaje que penetra en las páginas de un libro que, además, está bien escrito y sintetizado. Esto último se aprecia particularmente en las conclusiones finales. Aquí se nos recuerda la alianza alcanzada por los elementos conservadores y reaccionarios y la Iglesia Católica para colocar a la religión como pilar del sistema social que se propusieron defender. Este proyecto, al que se sumaron muy pronto las fuerzas de un renacido carlismo y el creciente radicalismo de los jóvenes derechistas fascitizados, alcanzó pronto un inusitado éxito, como se puso de manifiesto en las elecciones de noviembre de 1933.

La Acción Popular de Gil Robles se convertiría así en la fuerza de mayor capacidad para movilizar a las masas, debido a su mayor penetración popular que le permitiría disfrutar de un amplio apoyo de bases procedentes de estratos y grupos sociales muy variados, incluidos sectores de la clase obrera y el artesano, a pesar del claro predominio de la izquierda obrera mayoritariamente socialista. En realidad, todo ello se vio favorecido porque el espectro conservador contaría también con miembros del republicanismo más templado, ya que el centro-derecha montañés «no pudo en ningún momento despegar como representante de los sectores conservadores de la sociedad». Precisamente, estas dificultades para consolidar un polo centrista o moderado con suficiente apoyo social serían las que, en gran medida, traerían al traste la aventura republicana no sólo en Cantabria. Un asunto en el que convendría seguir profundizando. En definitiva, como ya advertía al principio, una obra que está llamada a ocupar un lugar significativo en el panorama historiográfico sobre la II República por méritos propios.

Manuel Ortiz Heras

ÁNGELES EGIDO

Memoria de la Segunda República. Mito y realidad

Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 390 pp.
ISBN 84-9742-552-9

El 2006 ha sido un año especialmente significativo para el recuerdo de nuestro pasado. Se cumplieron 75 años de la proclamación de la II República y 70 años del inicio de la Guerra Civil. Entre los historiadores, estas conmemoraciones suscitan el interés por hacer balance sobre las investigaciones y las aportaciones más importantes que se han realizado en los últimos años. A este respecto, a las numerosas publicaciones que a lo largo del año abordaron tanto el tema del régimen republicano como los avatares de nuestra contienda, hay que añadir el importante congreso internacional que a finales de año se celebró en la capital de España, y que representó un digno colofón para el análisis de periodos tan excepcionales de nuestra reciente historia. Pues bien, el libro que nos ocupa es un ejemplo destacado de los trabajos publicados sobre la Segunda República en su 75 aniversario.

Ángeles Egido muestra, una vez más, su preocupación por la recuperación de la historia de la República mediante la coordinación de la presente monografía. Ya entre sus últimos trabajos se encontraba *Azaña y los otros* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2001), y hace tan sólo dos años editó, junto con Matilde Eiroa, *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio* (Madrid, Centro de Investigaciones y Estudios Republicanos, 2004). En aquellas obras, como en la que nos ocupa, la profesora Egido ha sabido rodearse de un plantel de prestigiosos historiadores que, a la luz de las nuevas aportaciones, abordan los temas más significativos y controvertidos de la experiencia republicana.

El libro se estructura en cuatro capítulos:
1.- El punto de partida: mitos y realidades;
2.- República, historia y memoria; 3.- Obstá-

culos y realizaciones: la herencia asimilada; y 4.- Obstáculos y realizaciones: el camino por recorrer. Los catorce artículos, que conforman estos apartados, quedan enmarcados por otros dos excelentes trabajos, firmados por Ángeles Egido y Julio Aróstegui, que, a modo de introducción y epílogo, plantean los objetivos de la obra y las últimas reflexiones sobre la labor de la Segunda República y su pervivencia en la actualidad.

La profesora Egido, además de señalar como fin primordial de esta monografía la actualización del legado histórico republicano, plantea el problema de la doble memoria que ha acompañado, desde siempre, a la II República: una memoria negativa, por su unión ineludible con la Guerra Civil; y una memoria positiva, en tanto que supuso la primera experiencia democrática en España. La autora defiende, no sin falta de razón, que si en el momento de la Transición española a la democracia se pudo considerar acertado, por el contexto en el que se desarrolló, eludir las cuestiones más controvertidas de la época anterior, ahora, con una democracia asentada, es el momento de volver la mirada atrás y recuperar la memoria de nuestro pasado en toda su plenitud. En fin, revisar la tesis del fracaso republicano y reivindicar su herencia como régimen democrático. Porque, como señala Alberto Reig, recogiendo una frase de Maquiavelo, se han fijado «más en los ruidos y gritos que nacían de esos tumultos que en los buenos efectos que produjeron».

En el primer apartado del libro, Gabriel Jackson, José Antonio Ferrer y Paul Preston rebaten mitos tan arraigados como el del desorden republicano y el peligro comunista, la conspiración judeo-masónica o el patriotismo de Franco. Jackson insiste en la cuestión de las reformas que puso en marcha el gobierno republicano socialista, para valorar el programa ambicioso que representaban y la fuerte resistencia de los sectores más privilegiados. En el fondo de la cuestión, la falta de cambios en la España prerrepública, a diferencia de lo

acontecido en otros lugares de Europa. Lo que Azaña definía como las «fiebres» –revoluciones– necesarias para evitar una gran enfermedad, que otras naciones pasaron y que nuestro país no había sufrido.

En cuanto al mito comunista, Jackson señala, una vez más, el hecho probado que el incremento de militantes comunistas en nuestro país tuvo lugar tras el primer año de guerra, provocado, en gran medida, por la inhibición de las potencias occidentales y la ayuda prestada por la Unión Soviética a la República. En relación con la conspiración judeo-masónica, Ferrer pone de manifiesto lo desconcertante que era la expresión «contubernio judeo-masónico-comunista», al señalar que la masonería, que estaba prohibida en la Unión Soviética desde 1917, no tiene nada que ver con el judaísmo, al tiempo que existía una prohibición en todos los partidos comunistas, desde 1921, de ser masones. Preston, por su parte, repasa el devenir de Franco, con un título bastante explícito, «El traidor: Franco y la Segunda República, de general mimado a golpista».

El segundo apartado intenta analizar por qué ha pervivido hasta hoy en día la memoria de la II República. Las respuestas pueden ser muy variadas. Juliana Di Febo pone el acento en el cambio social y político que significó para colectivos como el de las mujeres. Alberto Reig nos recuerda las imágenes que tantos españoles mantenemos grabadas en nuestra retina: la Puerta del Sol madrileña abarrotada de personas con la alegría exultante y la ilusión desbordada. Y Carsten Humlebaek, en un excelente artículo, repasa la memoria de la República durante la Transición a través de la prensa escrita. Utiliza los principales periódicos de tirada nacional de la época y analiza el recuerdo de una fecha tan emblemática como el 14 de abril. Humlebaek defiende que el verdadero «pacto de olvido» consistió en no hablar del franquismo, mientras que el régimen republicano fue marginado, cuando no acusado de proclive a la desestabilización.

En el fondo de este análisis subyace uno de los asuntos básicos del presente libro: la evaluación de la República más por lo que vino después que por su realización, sin tener en cuenta la herencia que recibió.

Precisamente estas cuestiones están presentes en los artículos de Hilari Raguer, Gabriel Cardona, Gonzalo Santonja, Jacques Maurice y Ángeles Egido, al abordar algunas de las principales reformas que encaró la República en su primer bienio: la cuestión religiosa, el problema militar, la conquista de la cultura, la reforma agraria y la política internacional. Todos ellos parten, inexcusablemente, de la situación de estos asuntos al inicio del nuevo régimen, para señalar el atraso, la diferencia con Europa occidental, las reformas tantas veces aplazadas o la falta de voluntad en afrontar los cambios necesarios en las décadas anteriores. Es general el reconocimiento de que el régimen republicano afrontó al mismo tiempo todos estos asuntos, lo que dificultó en gran medida su realización. Aunque, no es menos cierto que resulta necesario tener en cuenta otras cuestiones a la hora de evaluar los resultados de esta política reformista, tales como la insuficiencia de recursos económicos, la falta de tiempo para su puesta en marcha, la fuerte oposición de las clases privilegiadas o el hacer y deshacer de las diferentes legislaturas.

Por último, el libro aborda la estructura del Estado republicano. Los artículos de Pere Gabriel, José Luis de la Granja y Xosé Manoel Núñez hacen un recorrido por las zonas de España donde el sentimiento nacionalista y regionalista estaba más arraigado: Cataluña, País Vasco y Galicia. Los tres realizan un repaso por los orígenes del nacionalismo en cada lugar, su evolución para adaptarse al Estado integral republicano y la vinculación autonómica con la opción republicana socialista. El desarrollo autonómico tendió a extenderse en tiempos del Frente Popular; sin embargo, el corto tiempo transcurrido entre las elecciones de febrero de 1936 y el golpe militar hizo imposible su

consolidación. En este breve periodo podemos intuir el origen de la España de las Autonomías actual, aunque hubo que esperar el paso de cuatro décadas para su realización.

En un año en el que las referencias a la memoria histórica han sido omnipresentes, Julio Aróstegui, en el epílogo, pone el acento en la necesidad de diferenciar entre memoria e historia. A este respecto, señala con acierto que no se puede hablar de saturación de la memoria por muchos libros de historia que hayan visto la luz como consecuencia de la investigación científica desarrollada. Esta situación hay que saber diferenciarla del impulso social colectivo que ha reivindicado la necesidad de la recuperación de la memoria, y que en el caso de la República ha implicado rescatar su principal legado: los valores como primera experiencia democrática en España.

Ángel Herrerin

CONXITA MIR (ed.)

Llocs de Memòria amb Història

Lleida, 2006, DVD

ISBN 84-8409-204-6

La colección de DVD's *Llocs de Memòria amb Història* se constituye como un proyecto ideado y ejecutado des del *Servei d'Història, Documentació i Patrimoni* de la Universitat de Lleida y que tiene como punto de partida varias líneas de investigación, referidas a la Guerra Civil en la ciudad de Lleida y la inmediata posguerra en el conjunto de su provincia, iniciadas ya con anterioridad por los miembros que lo constituyen y que, en la actualidad, se presentan bajo el formato de cuatro DVD's de carácter documental y divulgativo. Resulta también necesario resaltar que dicho proyecto ha sido posible gracias a la participación de colaboradores habituales del *Servei*, otras unidades e instancias departamentales de la Universitat de Lleida, como el *Servei de Reproducció d'Imatge*, y el soporte y financiación de varias instituciones públicas y privadas.

El resultado es, pues, como hemos dicho, una colección de cuatro documentales en formato DVD, dirigidos en primera instancia a un público amplio y generalizado, y prueba de esto es que incluye cuatro versiones lingüísticas (catalán, castellano, francés e inglés). Cabe decir también que la idea de este producto se complementa con una voluntad que es eminentemente didáctica. Y es por eso que el núcleo central de las investigaciones que constituyen el documental se ve perfectamente integrado por un elemento común en el conjunto de documentales, que no es otro que ofrecer una panorámica general del contexto social y político catalán, estatal e internacional en los cuales se integran.

Realizados a partir de material fotográfico y filmico propio, así como de otros materiales procedentes de colecciones particulares, archivos, museos o centros de documentación como la Filmoteca de Cataluña y la Filmoteca Española, un elemento común en el eje argumental del conjunto de documentales es la visualización de cómo la guerra, el hecho bélico en general e independientemente de su naturaleza, tiene unos efectos concretos en el espacio geográfico, ejemplificado en nuestro caso en la provincia de Lleida, y especialmente unos efectos sobre el conjunto de la población que allí vive o sobre aquellos individuos que participan de forma activa en dicho proceso.

De esta manera, el primer documental, *Trinxeres i Guerra Civil al Pallars*, se centra en las actuales comarcas del *Pallars Sobirà* y el *Pallars Jussà* desde la ocupación de la 63 División del Cuerpo del Ejército de Navarra, con motivo de la ruptura del frente aragonés y la ofensiva sobre Cataluña, en marzo de 1938. La estabilización del frente siguiendo el curso fluvial del Segre y la Noguera Pallaresa en este territorio durante medio año supondrá la edificación de un buen número de fortificaciones y trincheras, que fueron escenario de varias ofensivas republicanas a lo largo del mes de mayo de 1938, que si bien no supusieron ninguna modificación de la línea de frente, si

LECTURA

que se caracterizaron por la crudeza de los enfrentamientos.

El segundo documental, *La reconstrucció de postguerra: Construir sobre runes*, parte del hecho, suficientemente contrastable a través de los ejemplos que ha dejado el siglo XX, de que los núcleos de población fueron uno de los objetivos de la aviación enemiga en cualquier conflicto. El motivo, exasperar el desaliento y la desmoralización en las filas del bando contrario. Localidades más conocidas y que corrieron tal suerte fueron Gernika, Brunete, Belchite, Teruel, Barcelona y también la ciudad de Lleida en noviembre de 1937. A esta destrucción cabe añadir aquella derivada del hecho de que la ciudad estuvo partida en dos por la línea de frente durante un año. Así pues, el documental se centra en la actuación en la provincia de Lleida de la Dirección General de Regiones Devastadas y Recuperaciones, organismo dependiente del Ministerio de la Gobernación, ideado para afrontar la reconstrucción de zonas destruidas por la guerra, y que desarrolló como complemento una intensa actividad propagandística.

En tercer lugar, *Terra de Frontera. Els Pirineus catalans entre dues guerres (1938-1945)*, traslada los ejes argumentativos, el impacto bélico sobre un territorio y sobre las personas que en él habitan, a los espacios fronterizos entre Cataluña y Francia. Unas zonas sobre las cuales cayó un control absoluto por parte del ejército franquista, y que fue especialmente vigilante con la población que allí vivía. Y esto se tradujo, por ejemplo, en la obligatoriedad del salvoconducto para cualquier tipo de desplazamiento y en la instauración de un clima represivo asfixiante, que por la presencia de las autoridades militares allí establecida, instigaba las denuncias y delaciones hacia aquéllos que habían mantenido algún tipo de relación con el régimen republicano. Pero con el inicio de la conflagración bélica mundial el año 1939, este territorio también fue testigo de movimientos de población en sentido contrario al que habían protagonizado los exiliados repu-

blicanos, esta vez personificados por evadidos del nazismo (soldados aliados y judíos). La suerte de éstos no era mucho mejor, ya que su captura se hacía de forma inmediata, siendo su siguiente destino cárceles próximas, como la de Sort, o campos de concentración, como el de Miranda de Ebro.

Finalmente, en *Un camp de batalla al Front del Segre: El Merengue i la Lleva del Biberó (1938)*, el documental recupera el hilo argumental del patrimonio bélico presente por nuestra geografía y la vida de los soldados en el frente de guerra. Soldados que en esta ocasión se caracterizaron por pertenecer a la que se conoció como la «quinta del biberón» (*Lleva del Biberó*), jóvenes de entre 17 y 18 años movilizados por el ejército republicano, y también por el ejército rebelde, aunque en menor medida, y que en un contexto distinto no lo hubieran sido hasta tres años después. Ser jóvenes y estar aprendiendo un oficio o estar estudiando, dio un tono más trágico a su movilización, aunque sin duda también un resultó factor ilusorio, pues en ellos estaban depositadas buena parte de las esperanzas republicanas. Pero rápidamente tuvo esta generación su bautismo de fuego en la Batalla del Segre, concretamente en el montículo de Camarasa, conocido como «El Merengue», lugar donde encontraron la muerte cerca de dos mil de estos jóvenes en mayo de 1938, y que, con el tiempo, se ha convertido en un espacio de memoria de alto contenido sentimental para los supervivientes de aquella ofensiva, constituidos en la actualidad como *Agrupació de Supervivents de la Lleva del Biberó-41*.

Es de este modo como la colección de DVD's *Llocs de Memòria amb Història* pretende que las iniciativas de investigación que se desarrollan en el seno de la universidad tengan una difusión más allá de los límites convencionales, y que, mediante la aplicación de las nuevas tecnologías, la imagen del producto que se ofrece sea a la vez sugerente, atractiva y didáctica.

Jordi Creus

CARMELO ADAGIO y ALFONSO BOTTI

Storia della Spagna democratica. Da Franco a Zapatero

Milán, Mondadori, 2006, 192 pp.

La publicación en Italia de un libro sobre la historia de España, que aborda una época tan larga —desde el legado de la dictadura franquista hasta el accion del gobierno actual—, prueba aún más el interés italiano sobre la España posfranquista. Si los historiadores y los científicos de la política investigan el papel de los factores sociales, internacionales y la acción que desarrollaron los actores individuales y colectivos durante la Transición, a nivel periodístico la atención —en los años ochenta enfocada sobre los datos del «milagro económico»— se acerca hoy a la evolución de los derechos sociales y de costumbre experimentados en el país desde la llegada de Zapatero. El mercado editorial se orienta en tal sentido y trata de satisfacer, por un lado, a la comunidad científica y, por el otro, a una opinión pública cada vez más interesada.

Más historiográfico y menos politológico de su casi homónimo *Da Franco a Zapatero: la Spagna dalla periferia al cuore dell'Europa*, de Anna Bosco (editado por Il Mulino en 2005), el volumen de Adagio y Botti se dirige a las dos categorías antes mencionadas. En el primer capítulo —una especie de introducción crítica en la que los autores enuncian varias tesis que demostrarán a lo largo de la obra— el objetivo principal es demoler dos lugares comunes difundidos en Italia, según los cuales el general Franco puso voluntariamente las premisas de una transición a la democracia y favoreció el desarrollo de un papel activo y de una inserción de la clase media en la vida política. Desplazándose hacia el más reciente debate sobre el «pacto del olvido», los autores, aunque admiten su papel central durante los últimos años setenta, niegan su validez actual, y de acuerdo con la línea política oficial, afirman que los tiempos ya están maduros para que los

españoles aborden las luces y las sombras de su pasado más reciente.

Un mérito particular del volumen es el de ofrecer una mirada sobre aspectos que no se abordan fácilmente dentro de las síntesis generales dedicadas a la transición democrática. Entre éstos se destaca el papel de la cultura, de los medios de comunicación —en particular de la prensa y la radio— como instrumentos de socialización de la política y el papel de la reestructuración urbanística y la recalificación del territorio de las principales ciudades del país como símbolo del proceso de construcción material de la nueva democracia. Incluso la organización de los grandes acontecimientos tiene un espacio central en este libro. En sus páginas sobresale incluso el hecho de cómo el deporte —en particular, la organización de los Mundiales de Fútbol de 1982— representó un escaparate internacional para enseñar el éxito del proceso de democratización del país.

Por lo que se refiere al análisis de las políticas adoptadas desde 1982 hasta 1996 —durante las cuatro legislaturas socialistas—, los autores hacen una útil división de esta etapa en dos periodos. Durante la primera —desde la victoria electoral hasta el comienzo de la década siguiente— se nota muy bien cómo, de acuerdo con una difundida exaltación del thatcherismo-reaganismo de la primera mitad de los ochenta, incluso la España de González acogió el modelo neoliberal que, como en otros lugares, tuvo como directa consecuencia el aumento de la conflictividad social. Fue sólo a final de los ochenta (segunda etapa), después de una larga época de choques entre partido y sindicato, cuando el entonces presidente puso en marcha un viraje decisivo hacia la socialdemocracia. Este cambio conllevó un aumento inmediato de los fondos dedicados a los gastos sociales y favoreció una disminución de las tensiones desarrolladas en la década anterior.

Este segundo *trend* de intervención del Estado en las dinámicas económicas y sociales fue interrumpido a causa del fuerte crecimiento

de déficit público, absolutamente incompatible con el programa de Convergencia de la Unión Europea que impuso drásticas reducciones para cumplir con los parámetros de Maastricht.

Pasando a la parte dedicada a las elecciones de 1996, llama la atención —sobre todo a los estudiosos que se dedican al análisis comparativo— cuán poco influyeron —en términos de porcentajes de consenso— los escándalos de corrupción, de financiación ilícita de partidos y la lucha sucia frente al terrorismo en la *debacle* de los socialistas. La victoria del Partido Popular en 1996 tuvo lugar con una ventaja mínima. A diferencia de lo sucedido en Italia, el clima de crisis en que se encontró la política a principios de los noventa no causó una deslegitimación del PSOE, ni del sistema de partidos en su conjunto, sino que sólo determinó una pérdida de consenso, que muchos observadores internacionales interpretaron como una fisiológica confirmación del funcionamiento del sistema de la alternancia.

En las páginas dedicadas a las dos legislaturas del PP, por supuesto el papel de Aznar ocupa un espacio central. Los autores lo observan desde una doble perspectiva: enfocando la cuestión desde el punto de vista de la historia del partido, el antiguo líder destaca positivamente como principal promotor de la renovación generacional, estructural y de imagen del PP, mientras que mirando su acción desde la óptica gubernamental, Adagio y Botti ponen más en evidencia sus fallos. Siguiendo la misma impostación metodológica utilizada para analizar la etapa socialista, incluso este análisis se desarrolla a partir de una periodización interior, que en este caso coincide exactamente con las elecciones políticas.

Los autores resaltan el hecho de que la moderación de las medidas tomadas en la etapa 1996-2000 tiene que remontarse a los acuerdos de legislatura logrados con los nacionalistas catalanes, vascos y de las islas Canarias para asegurar una mayoría estable. En esta época, el gobierno garantizó continuidad en política

exterior, mayor disponibilidad de diálogo con las centrales sindicales y una postura favorable a la descentralización en la política administrativa. La estrategia del Partido Popular cambió al conquistar la mayoría absoluta en el 2000. Los signos más evidentes de un cambio de ruta fueron, según los autores, la acentuación del atlantismo, vivido ya como alternativa al europeísmo, el final del diálogo con los sindicatos y la crisis que se abrió entre la administración del Estado y la Iglesia española (con particular referencia a las diócesis vascas), después de la ilegalización de HB como consecuencia de la Ley de Partidos del 2002.

Si la fuerte pérdida de consenso, como demuestran los autores, a través de fuentes periodísticas y de sondeos de opinión —sobre todo los del CIS— pudo registrarse a partir del apoyo tributado a la intervención anglo-americana en Irak, el verdadero colapso tuvo lugar con la mala gestión de los atentados del 11 de marzo de 2004. Después de una presentación del actual presidente del gobierno, más periodística y menos historiográfica debido a la falta de fuentes, los autores cierran su obra desplazando su análisis sobre un terreno más sociológico, y reflexionan sobre el nivel de catolicismo de la España actual. Ésta es una cuestión abierta que, junto con las medidas emprendidas por el ejecutivo Zapatero, suscita fuera del país un interés muy alto.

Como ponen en evidencia los autores, fue a partir de los años sesenta, y no sólo desde 2004, cuando España emprendió un proceso de secularización que ha ido cambiando los hábitos de la población. Allí se remontan los orígenes de los cambios que hoy en día están en el punto de mira de toda Europa. El proceso empezó por aquel entonces, aunque a nivel mediático los primeros estereotipos en el exterior empiezan a caer sólo a principios del siglo XXI.

Maria Elena Cavallaro

LUCÍA PRIETO BORREGO y ENCARNACIÓN BARRANQUERO
TEXEIRA

Población y Guerra Civil en Málaga: Caída, éxodo y refugio

Málaga, CEDMA, 2007, 350 pp.
ISBN 84-7785-779-2

Encarnación Barranquero y Lucía Prieto se han consolidado como grandes conocedoras de la Guerra Civil y la posguerra en Andalucía. Acabo de terminar este libro impresionante, cuya solidez me ha sorprendido, a pesar de venir respaldado previamente por otro excelente trabajo de sus autoras: *Así sobrevivimos al hambre. Estrategias de supervivencias de las mujeres en la postguerra española* (Málaga 2003). El texto plantea un problema ético esencial en nuestro mundo: el sufrimiento de la población civil en las guerras, y, en este caso, la reflexión se presenta a través de múltiples testimonios sobre la vida en Málaga de dos tipos de población: los habitantes que llegaron a esa ciudad desde otras áreas de Andalucía, en los primeros meses de la Guerra Civil, huyendo del avance de los sublevados, y la población malagueña asediada durante la guerra.

La población flotante alcanzó una cifra de 50.000 personas que se agolparon en almacenes, teatros, edificios públicos de cualquier tipo, los portales de las casas malagueñas, sus villas elegantes, abandonadas por sus dueños huidos, y en la catedral: «El espacio interior estaba ocupado en su totalidad por una horda repugnante hacinada en la mugre y la porquería, con las capillas laterales infectadas y los míseros petates tirados por el suelo. Un niño muerto yacía al pie de una columna, un hedor insoportable —el clásico olor a rojo— se extendía por las naves...». Así fueron vistos por los vencedores.

Y esto habría de ser sólo el comienzo de algo peor: las historiadoras reconstruyen, como tema central, el sufrimiento ilimitado de los malagueños, huyendo aterrorizados por la carretera de Almería, y retratan con sensibilidad un panorama de desolación y muerte, que

conmociona. La mirada es profunda, se extiende por las crisis político-administrativas que ocasionan estos éxodos de las derrotas. De la Andalucía occidental hacia Málaga, de Málaga a Almería, de Almería al Levante, del Levante a Barcelona, de Cataluña a Francia..., siempre la misma ausencia de previsión y la animadversión de los residentes ante la invasión de los aterrorizados y hambrientos intrusos: «Los refugiados eran de por sí impuros porque eran ‘rojos’. Su miseria no era física ni material, sino también moral». Lo peor de cualquier guerra es que nos convierte a todos en culpables: por haber aumentado la indignidad del derrotado, por haber sospechado de ellos... Al observar las reacciones de este testimonio emocionante, llegamos no a comprender, pero sí a entender racionalmente, el rechazo generalizado ante la llegada de republicanos en Almería, en Valencia, en Cataluña, en Francia, en el mundo.

A través de la más diversa documentación histórica, nos han mostrado cómo hacer posible la historia de todos: los niños, los enfermos, los muertos... Todos: citados por sus nombres, pacientemente sacados de los archivos y de la «Memoria». En algo así consiste, sin duda, la mejor historiografía del Tiempo Presente que ahora se hace: reúne la metodología de la historia oral, la aplicación de la imagen a la historia; aúna los recursos de la literatura y del recuerdo con una exhaustiva búsqueda documental en los archivos más variados, civiles y militares, hasta llegar al individuo, y asume lo esencial de la historia de género. En definitiva, se ha construido una muestra de esa historia en la que los protagonistas no son los poderosos sino las mayorías: los enfermos, los detenidos, los sin nombre. Solamente se me ocurre una ligera corrección, y es que ocasionalmente se reiteran algunas situaciones —personas y lugares— y podría haberse evitado, ganando el texto en ligereza, hoy siempre necesaria por la falta de tiempo que vivimos.

Con todo ello se ha logrado un testimonio único, que contiene novedosas interpretaciones ante preguntas centrales: ¿Por qué no

LECTURA

hubo estratégicamente ninguna defensa de la ciudad, por qué se empujó a la población a una huida masiva?

Encarnación Lemus

JUAN B. VILAR

La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX

Madrid, Síntesis, 2006, 495 pp.

ISBN 84-9756-430-8

En la abundante producción de libros y artículos escritos por Juan B. Vilar (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia) sobre las emigraciones políticas contemporáneas, destaca la obra que reseñamos, tanto por la amplitud del periodo cronológico escogido para el análisis (siglos XIX y XX) como por el no menos difícil y complejo reto de lograr una síntesis del exilio español en su conjunto (temporal y espacial). Y si bien la temática de las emigraciones económicas y políticas españolas ha sido profusamente abordada por el autor en estudios previos (minorías exiliadas, refugiados protestantes españoles en Francia, emigración liberal española en los Estados Unidos, emigración española al Norte de África y a Europa en el siglo XX, militantes republicanos evacuados en el *Stanbrook*, murcianos republicanos en el exilio de 1939 en América...), lo novedoso ahora es la visión globalizadora aportada y la importancia que se concede al eco modernizador (bajo los efectos del retorno) de las emigraciones liberales políticas del siglo XIX o al estudio de puntos de destino del exilio español en países del norte de África o en los Estados Unidos, hasta el momento poco atendidos por la historiografía.

A estos elementos originales y novedosos hay que añadir que, al plantearse el exilio como expresión de intolerancia de la dramática historia española de los últimos doscientos años, ello implica, además, una completísima

revisión de la historia política nacional realizada en el texto en función de los cambios institucionales producidos, que generan que «una emigración política vaya seguida de otra de signo opuesto», hasta el punto, señala Juan B. Vilar, que podría hablarse de una «guerra civil discontinua pero persistente (...), siempre una parte de España está fuera de España» (p. 17). En función de esta concepción historiográfica, el texto se articula en doce capítulos que, iniciando en los tres primeros el análisis de los emigrados políticos a resultas de la Revolución francesa y la emigración afrancesada, continúa en los capítulos cuarto y quinto con la emigración liberal en la Europa continental y el norte de África, en Gran Bretaña, Estados Unidos e Iberoamérica. Los capítulos VI al IX abordan, sucesivamente, la primera emigración carlista, las registradas durante la era isabelina y, ya en el contexto del Sexenio Revolucionario, la Restauración y la II República, la emigración federal, la experimentada por cantonalistas e internacionalistas, la segunda emigración carlista, la republicana, ácrata y socialista en la Restauración para, finalmente, estudiar el éxodo provocado por la implantación de la dictadura primorriverista. Los tres últimos capítulos se dedican a la emigración de la guerra civil española, un magnífico estado de la cuestión que remite al éxodo más dramático de la historia española por cuanto no admite parangón con ninguno de los precedentes en cuanto a volumen, composición y trascendencia, tanto dentro como fuera de España. El esfuerzo de conjunción en el texto de bibliográfica de época (repertorios documentales, testimonios autobiográficos o coetáneos de los sucesos desglosados) y especializada (obras fundamentales, clásicas, y las más recientes revisiones historiográficas), lo podrá encontrar el lector a lo largo del volumen y en la aportación final de una bibliografía orientativa, agrupada temáticamente, que cierra la obra con sendos índices de cuadros y onomástico de gran utilidad para los estudiosos.

De la lectura global del texto se derivan dos importantes consejos para la historiografía dedicada a los exilios políticos: profundizar en los anteriores a la guerra civil de 1936-1939, menos atendidos en el volumen total de la bibliografía dedicada a esta empresa analítica, y abrir nuevas vías de investigación, algunas tan necesarias (por olvidadas) como el estudio de las mujeres en los éxodos masivos de las emigraciones liberales de 1823-1833, las carlistas de 1840, y la emigración política más voluminosa y más dramática de 1936-1939. Y junto a las figuras de la realeza española analizadas en sus forzados exilios, y las de sus ministros y políticos, la atención que el autor dedica a los intelectuales españoles, que en las emigraciones han sido legión (p. 109), permite recorrer la historia cultural e intelectual de este país en los últimos dos siglos, rescatando (cuando no rehabilitando) figuras como la del activista y polígrafo José Marchena, la del liberal José María Blanco White (insigne literato y pensador andaluz, tan falazmente acusado de clérigo apóstata y concubinario), o la del educador Mariano Cubí, entre otros muchos.

En esta perspectiva historiográfica marcada por el texto de Juan B. Vilar, de recuperación de reputados exiliados, algunos de los cuales contribuyeron con su obra (generada las más de las veces en el mismo exilio) a la modernización y renovación de la administración, el pensamiento, las ciencias y la cultura españolas, una vez hubieron retornado a la patria de origen, habría que situar el reciente estudio sobre Sempere Guarinos realizado por Rafael Herrera Guillén (*Las indecisiones del primer liberalismo español. Juan Sempere y Guarinos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007), donde se nos recuerda que, como consecuencia política de su pensamiento reformista, se verá obligado y forzado a un primer exilio (1812-1820) en el que coincide con Goya y otros afrancesados en Burdeos, momento en el que declarará ilegítima la Constitución de 1812. A diferencia del primer exilio, el segundo vivido

por Sempere (1823-26), que es voluntario, está monopolizado, como constata Rafael Herrera, por la idea del «hogar como categoría existencial», lo que provoca en Sempere una regresión intelectual por volver a España, pues ya entonces aspiraba no a reformar su país de origen, sino a ser enterrado en su pueblo, a morir en su tierra, aunque para ello tuviese que retractarse y mutilar su propia obra, *Historia del Derecho español*, contemporaneizando con la nueva monarquía absolutista establecida en España: «El repliegue que el poder exigía a la inteligencia, es aquí obvio».

Y es que, en efecto, la añoranza de la patria lejana y perdida modifica a la persona en el exilio, pues «el exilio limita temporalmente al sujeto, lo reduce al 'ahora', le priva del 'ayer' y le inculca dudas tremendas sobre el 'mañana'. Es una puesta en entredicho de la dimensión más específicamente humana, que es la dimensión temporal». Esa sensación de extrañamiento irreversible será vivida, de forma especialmente dramática, por la emigración política derivada de la guerra civil española que ultima su fase militar en 1939, máxime por los exiliados que a la altura de 1976 permanecían todavía en Francia (40.000 refugiados, 8.000 en el hemisferio occidental). Para entonces, como recuerda Juan B. Vilar, «el grueso del exilio español, o había retornado, o descansaba en los cementerios de Europa y América» (p. 391), una emigración ésta, la de los republicanos, que también se distingue de las precedentes por su inalterable fidelidad a sus principios ideológicos: «los retornados después de 1975 permanecieron fieles hasta el final a sus ideas de siempre» (p. 390), y «al término de una existencia azarosa, pródiga además en toda suerte de carencias y penalidades, se sentían satisfechos con la misión cumplida» (p. 392).

El estudio sobre los emigrados republicanos españoles en cifras, las terribles condiciones de vida de la gran mayoría de los expatriados —que a su llegada a Francia serán confinados con pocas excepciones en improvisados

LECTURA

campos de concentración, a diferencia de los refugiados políticos españoles de las décadas de 1810, 1820 y 1830, que pudieron optar entre el confinamiento en depósitos o la libre residencia más o menos vigilada, si es que poseían recursos de subsistencia (p. 343)–, «las tribulaciones, miserias e ilusiones inseparables de toda inmigración» (p. 375), la acogida dispensada por los países receptores, la dureza del exilio sobre todo en los primeros años, así como «la imposible reconstrucción de la emigración intelectual de la Guerra Civil en toda su grandeza y trascendencia» (pese a la pormenorizada huella de figuras señeras que tenazmente el autor va constatando en los últimos capítulos del volumen), remiten a un vasto trabajo de interpretación y recopilación realizado, pero también a otros por realizar, pues como apunta Juan B. Vilar, pese a las numerosas publicaciones generadas en torno a las emigraciones políticas, «permanecen amplias zonas en oscuridad en tanto otras continúan desfiguradas» (p. 340).

Concretamente, y para el caso del exilio republicano en México y en los restantes países latinoamericanos, las especialistas Dolores Plá y Clara Lida han llamado la atención, en sus últimas contribuciones, sobre lo perentorio de conocer la obra realizada por la gran mayoría de los emigrantes forzosos, en concreto su particular proceso de migración e inserción en los países receptores, línea de investigación en la que la historia social está llamada, muy posiblemente, en los próximos años, a liderar la historiografía del exilio; al tiempo que, desde la historia política, y ligado precisamente al fenómeno de la recepción, se requiere abundar en la política oficial desplegada por los países de acogida, como reivindicó Abdón Mateos en el análisis titulado *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2005). Quedan por tanto, todavía, muchas páginas por escribir sobre los exiliados españoles, de todos aquellos que, en los dos últimos siglos, se vieron obligados,

parafraseando una frase de Juan B. Vilar, a «deambular por el desierto de las naciones su sino».

Carmen González Martínez

Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS

¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)

Madrid, Marcial Pons, 2006, 477 pp.

ISBN 84-96467-37-6

Profesor en la Universidad de Santiago de Compostela y doctor en Historia por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, Xosé Manoel Núñez Seixas es un reconocido especialista en nacionalismos e identidades colectivas en España y Europa en época contemporánea. Hasta ahora había abordado el tema en libros de síntesis como *Movimientos nacionalistas en la Europa del siglo XX* (1998), *Los nacionalismos en la España contemporánea, siglos XIX-XX* (1999), o *Entre Ginebra y Berlín: la cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa: 1914-1939* (2001). O bien en libros específicos sobre el nacionalismo gallego y su identidad en la emigración americana, como *La inmigración gallega en la Argentina* (2001) y *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, representacións e identidades dos galegos na Arxentina, 1860-1940* (2002).

Pero no hay que olvidar que gran parte de la producción de Núñez Seixas se encuentra en forma de (numerosos) artículos en revistas especializadas españolas y extranjeras, o en capítulos de libros colectivos, entre los cuales aprovecho para aconsejar algunos recientes sobre el discurso nacionalista y regionalista español ya en democracia: “Patriotas y demócratas”: *sobre el discurso nacionalista español después de Franco (1975-1979)*, en *Gerónimo de Uztariz*, 20 (2004); «Sobre la memoria histórica reciente y el discurso patriótico español del siglo XX», en *Historia del Presente*, 3 (2004), o «De la región a la nacionalidad: los neo-regionalismos en La

España de la Transición y la consolidación democrática», en R. Rein, A. Gurrutxaga, C. H. Waisman (coords.), *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina* (2005). También del libro aquí comentado habíamos saboreado ya algunos gustosos aperitivos en forma de *papers* (seminarios del CEPC) o artículos (revista *Ayer*), y el resultado final no ha defraudado. Sin duda es uno de los mejores productos de la más que desigual cosecha del 70 aniversario de la Guerra Civil, aunque apareciera ya prácticamente acabado el año en el seno de la prestigiosa colección de Historia de la editorial Marcial Pons.

La excelente introducción marca clara y concisamente los términos en que se desarrolla la tesis del libro: la complejidad —el autor usa la imagen del calidoscopio, con figuras dinámicas entrelazadas a su vez mediante nexos también cambiantes— de una guerra en la que todas las partes implicadas apelan al nacionalismo como fuente de legitimación y, sobre todo, de movilización del pueblo en armas. En eso la española no se distingue de otras guerras nacionales contemporáneas. Pero si las guerras «patrióticas» son, como ya sabemos, acontecimientos fundamentales e incluso fundacionales en la construcción de las naciones modernas, una guerra «civil» divide en lugar de unir, más aún cuando el enemigo es presentado como «invasor», «antiespañol» o, en el mejor de los casos, «traidor» de lesa patria. De hecho, ese discurso de exclusión es el tema central del libro, ya desde su mismo título.

Como señala el autor, la Segunda República constituyó un intenso momento de movilización y nacionalización de las masas, pero la guerra contribuyó decisivamente a ese proceso, «creó imágenes del enemigo y, por tanto, también imágenes y representaciones de España (o Euskadi, Cataluña o Galicia)» que iban a permanecer después de 1939 en el lenguaje político de todos los contendientes, en los rituales públicos de los vencedores o en la memoria privada de los perdedores. Y las

consecuencias políticas de todo ello por fuerza tenían que ser duraderas, primero porque el régimen franquista se alimentó durante años y a su vez alimentó hasta el final el discurso de la guerra, de la victoria y de la nación (al mismo tiempo que fomentaba, como ha estudiado el propio Núñez Seixas, un neorregionalismo inocuo, pretendida vacuna contra «males» mayores). Segundo, porque durante la Transición se renunció a llevar a cabo desde el poder algún tipo de política de la memoria, algo que, en palabras del autor, «ha constituido un impedimento constante para llevar a cabo una completa relegitimación democrática del discurso patriótico o nacionalista español después de la muerte de Franco», una hipótesis razonable pero no necesariamente cierta, como demuestra la profunda crisis del antifascismo italiano. Lo que parece indudable es que la guerra y su prolongación política, la dictadura franquista —que nunca aceptó integrar a los derrotados, como pretendieron algunos, a diferencia de otras situaciones históricas, por ejemplo la Guerra de Secesión norteamericana—, han propiciado la coexistencia de discursos nacionales asimétricos y en ocasiones excluyentes.

El cuerpo del libro es una documentación exhaustiva de ese discurso sobre la nación por parte de los distintos contendientes en lucha. Precisamente en esa exhaustividad está la virtud y el posible defecto de esta obra, pues ofrece una cantidad y riqueza de testimonios escritos que la harán imprescindible para los especialistas del periodo, pero quizás resulta reiterativa y excesivamente larga para otros lectores. También por eso mismo el interés es inversamente proporcional a la cantidad de testimonios ya disponibles de ese discurso sobre la propia identidad y sobre el «otro», el enemigo: menor para el nacionalismo en el bando insurgente, sobre el que podemos encontrar muestras hasta la saciedad, sobre todo en su interpretación religiosa; y superior para el bando republicano, desde Azaña hasta Negrín, pasando por el socialismo, el comunismo

LECTURA

o el anarquismo, un aspecto ya conocido, pero muy bien documentado en estas páginas.

Creo que más interesante y novedoso resulta el análisis del nacionalismo movilizador en el caso de «las periferias invadidas por España», es decir, los nacionalismos gallego, vasco y catalán. Sobre todo en las relevantes diferencias, y no sólo de grado, entre la «lealtad» de los nacionalistas catalanes y de los nacionalistas vascos, en particular del PNV, a la causa de la República y con ella de España. Si la guerra reforzó para unos sus vínculos discursivos o emocionales con España, en la defensa común de sus libertades, para los otros tuvo el efecto contrario, el de ahondar su extrañamiento respecto a cualquier comunidad de valores o intereses. Y no deja de ser lógico que la memoria de la guerra haya tenido un efecto semejante incluso después de la dictadura, como ha señalado Paloma Aguilar, alimentando en Euskadi más la hostilidad que la reconciliación, al revés de lo que supuestamente habría ocurrido en el resto del país.

Ese término, «lealtad», y, sobre todo, su antónimo «deslealtad», se usó entonces como ahora para expresar la irritada incompreensión del centro, del Estado español y sus representantes, hacia las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos cuando éstas se anteponían a los «intereses nacionales», fueran éstos la lucha contra el fascismo o el éxito de la transición a la democracia. Trabajos como el de Núñez Seixas ayudan, que no es poco, a situar históricamente y políticamente éste y otros conceptos más allá de los discursos esencialistas hoy de nuevo tan en boga, los que sólo contemplan fidelidades inquebrantables o traiciones a la propia estirpe.

Javier Muñoz Soro